



MARIA LA MADRE DEL SEÑOR

Introducción

María ha sido a lo largo de la historia de la Iglesia una figura que ha ocupado un lugar destacado. Y no es para menos reconocer en la Madre del Señor un modelo de vida que guía, acompaña y protege la vida de todo creyente. Ella nos enseña con su ejemplo la manera más adecuada de seguir el Evangelio de Jesús.

Esta ficha desarrolla la respuesta que dio María, en cuanto mujer, miembro del género humano, a Dios que le llamaba y asociaba al plan de redención. María no pertenece al mundo de los mitos, sino al mundo de la historia. Lejos de todo sentimentalismo, queremos fijarnos en su dimensión humana, modelo de creyente, discípula de Jesús, fiel a la sobreabundancia de la gracia que Dios derramó en ella. María es aliento y ejemplo en nuestro camino como cristianos que seguimos a Jesús.

Objetivo

Tomar conciencia del lugar y significado de María en la vida de la Iglesia

María, Modelo de creyente y Madre de la Iglesia

1. MARÍA, MODELO DE CREYENTE

Los evangelios no nos transmiten la biografía de Jesús ni tampoco de María. Sin embargo, nos ofrecen la predicación de los apóstoles sobre Jesús y, muy curiosamente, hablando de él también nos hablan de María. El evangelio de Lucas es el que más nos relata de María como mujer de fe, auténtica creyente y discípula de Jesús.

María, mujer

Su nombre era Miriam. Habitaba en Nazareth de Galilea y estaba prometida (desposada) con José (Lc 1, 26-27). María pertenece plenamente al género humano, es una persona como nosotros, por eso su actitud ante Dios es para nosotros tan valiosa, porque nos descubre las enormes posibilidades de una persona que se abre totalmente a la acción de Dios.



María, mujer creyente

Como Abrahán, María confió plenamente en Dios, se entregó totalmente, sin reservas: *“He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra”* (Lc 1,38). La comunidad a quien se dirige Lucas observa a María como ejemplo y modelo de creyente: *“Feliz la que ha creído que se cumplirían las cosas que le fueron dichas de parte del Señor”* (Lc 1,45).

El evangelista Lucas presenta a María como “pobre de Yahvé”, en quien el Señor, por su actitud de humilde sierva, despliega toda su acción salvadora (Lc 1, 46-55). María es para Lucas la personificación del evangelio de Jesús para los pobres (Lc 4, 16-19).

Tiene un gran valor que María haya dado a luz a Jesús y, por tanto, haya contribuido físicamente al nacimiento de Jesús en cuanto hombre, sin embargo en los evangelios se alaba especialmente la acción de Dios en María (*“mi espíritu se alegra en Dios mi salvador porque ha puesto los ojos en la humildad de su esclava”*, Lc 1, 47-48); su respuesta total (*“He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra”*, Lc 1,38); su actitud de fe (*“Feliz la que ha creído”*, Lc 1,45; cf. también Lc 11, 27-28).

María, discípula de Jesús

Ciertamente María no perteneció al grupo de los “doce apóstoles”, sin embargo, sí perteneció al grupo más amplio de los “discípulos” de Jesús, de quienes recibieron el anuncio del Reino de parte de Jesús, creyeron en él y se hicieron testigos de esa nueva realidad. Ese seguimiento, no físico, sino en actitudes de vida no debió resultar fácil a María (Lc 2,35; Jn 2, 1-5); incluso sufrió como madre y discípula el rechazo y muerte de su hijo (Jn 19, 25-27). María no desfalleció ante todo eso y Lucas la presenta, junto a los apóstoles, una vez que Jesús se ha ido al Padre: *“Todos ellos perseveraban en la oración, con un mismo espíritu en compañía de algunas mujeres, de María, la madre de Jesús, y de sus hermanos”* (Lc 1,14).

2. MARIA EN LA VIDA DE LA IGLESIA

El Magisterio Conciliar y postconciliar (cf. capítulo VIII de la Constitución sobre la Iglesia; Discurso de Pablo VI declarando a María, madre de la Iglesia; Puebla 282-303; Redemptoris Mater de Juan Pablo II) ha expuesto la figura de María dentro del marco global de la historia de la salvación, relacionada con el misterio de Cristo y de la vida de la Iglesia.

La figura y devoción mariana tienen de esta manera un lugar específico en la historia de la salvación y se evita que se desvíe del punto central que tiene Cristo en ella.

María unida a Cristo

Jesús “nació de mujer” (Ga 4,4). Esta expresión indica que Jesús asumió la condición humana y María fue la persona que engendró a Jesús en su humanidad. María es llamada en el Nuevo Testamento: “Madre de Jesús” (Mt 1,18; 2,11.13.20; Jn 2,1; Hch 1,4). María es mucho más que madre física de Jesús. Su unión a él no fue sólo en lo físico, sino también en la fe. Lucas la llama “Madre del Señor” (Lc 1,43). María, nos dice el mismo Lucas, es “madre del Hijo de Dios”: “*El Espíritu Santo*



vendrá sobre ti y la fuerza del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso, el santo que va a nacer, se llamará Hijo de Dios” (Lc 1,35). A partir de estos textos bíblicos, la Iglesia en el Concilio de Efeso (431) enseñó que “María es madre de Dios”. Esta expresión no se ha de entender de forma equivocada: María no engendró a Dios en su divinidad. Dio a luz a Jesucristo, según su humanidad. La fuerza y valor el dogma reside en confesar que Jesucristo es una única persona, siendo verdaderamente Dios y verdadero hombre y como María aportó la humanidad a Jesús, es madre de la única persona, que es Jesucristo.

Para explicar este origen misterioso de Jesucristo, que procede de Dios, al mismo tiempo que es engendrado por María, en el Nuevo Testamento se habla del nacimiento virginal de Jesucristo. Tanto el evangelista Mateo (1,18-25) como Lucas (1,34) nos transmiten este hecho extraordinario y difícil de comprender para el creyente de hoy. A partir del II Concilio de Constantinopla (553) es una verdad de fe la virginidad perpetua de María. Los textos de la Escritura que mencionan hermanos y hermanas de Jesús (Mc 6,3; Mt 27,56; 1Cor 9,5; Gal 1,19) han de entenderse como parientes cercanos a Jesús.

María, extraordinariamente bendecida por Dios

María, plenamente mujer, es signo de lo que la gracia de Dios puede hacer en la persona humana. Ella, en atención a los méritos de Jesucristo, fue preservada del pecado original, siendo inmaculada desde el primer instante de su concepción. Los padres orientales van a decir incluso que ella es la “plenamente santa”, la “toda santa”. María es el ejemplo más extraordinario de la obra de la redención y, por esta razón, es el modelo de todos los creyentes. El dogma de la Inmaculada Concepción de María fue proclamado por Pío IX en 1854 y manifiesta especialmente la sobreabundancia de la acción de la gracia en María de parte de Dios (Lc 1,28), gracia a la que correspondió María con total entrega.

Una vez concluida su vida terrestre, Dios tomó para sí la persona de María, señalando así la victoria de la gracia sobre el pecado y la muerte. Pío XII proclamó este dogma en 1950. María, que es modelo de fe y de entrega para la iglesia, lo es también de esperanza hasta que llegue el día del Señor (LG 68).

María, madre de la Iglesia

El Papa Pablo VI propuso a la Iglesia que se invocara a María bajo este título. El texto de Pablo VI, en donde se hayan los motivos para ello, dice así: “Así, pues, para la gloria de la Virgen y consuelo nuestro, Nos proclamamos a María Santísima Madre de la Iglesia, es decir, de todo el pueblo de Dios, tanto de los fieles como de los pastores, que la llaman Madre amorosa, y queremos que de ahora en adelante, sea honrada por todo el pueblo cristiano con este gratísimo título. (...) La divina maternidad es el fundamento de su especial relación con Cristo y de su presencia en la economía de la salvación operada por Cristo, y también constituye el fundamento principal de las relaciones de María con la Iglesia, por ser Madre de Aquel que desde el primer instante de la encarnación en su seno virginal se constituyó en cabeza de su Cuerpo místico, que es la Iglesia. María, pues, como Madre de Cristo, es Madre también de los fieles y de todos los pastores, es decir, de la Iglesia”.



El culto y devoción a María

El culto de adoración se rinde en la Iglesia únicamente a Dios. A María, por su íntima asociación a Cristo, la Iglesia la venera de forma especialísima, la invoca e imita. El Concilio Vaticano II (LG Nos. 66-67) y la Marialis Cultus de Pablo VI han expuesto las líneas claves del culto y devoción a María:

- * ha de estar centrado en los misterios de Cristo, de tal manera que no oscurezca el puesto central que le corresponde a Cristo en la historia de la salvación;
- * ha de estar bien fundado en la Sagrada Escritura, en los Padres de la Iglesia y en el Magisterio;
- * ha de ser respetuoso con los hermanos separados, con el fin de que aparezca con claridad la doctrina de la Iglesia sobre estos temas;
- * ha de consistir especialmente en un amor filial a María, que nos induce a su imitación y que no se queda en un sentimentalismo estéril;
- * ha de responder a la sensibilidad cultural de nuestra época. El culto y devoción marianos ha de hacer propias las inquietudes, esperanzas y problemas de nuestra situación de creyentes.

Para recordar

- *María de Nazareth fue mujer, persona humana como nosotros. No fue un ser divino, ni una semidiosa.*
- *María, siempre virgen, fue llamada y asociada a la historia de la salvación al haber sido escogida para ser madre de Dios.*
- *Dios derramó abundantemente su gracia sobre ella, por eso la llamamos “llena de gracia”. Fue concebida sin pecado y “toda santa”.*
- *Dios tomó para sí la persona de María una vez concluida su carrera terrestre, manifestando así la victoria total de la gracia sobre el pecado y la muerte.*
- *María vivió la experiencia de todo creyente y discípulo, siendo modelo ejemplar de esa experiencia para toda la Iglesia*
- *El culto y devoción a María han de ser orientados correctamente, de forma que muestren el papel subordinado que tiene María en la obra de la salvación y que conduzcan a una verdadera imitación de María*

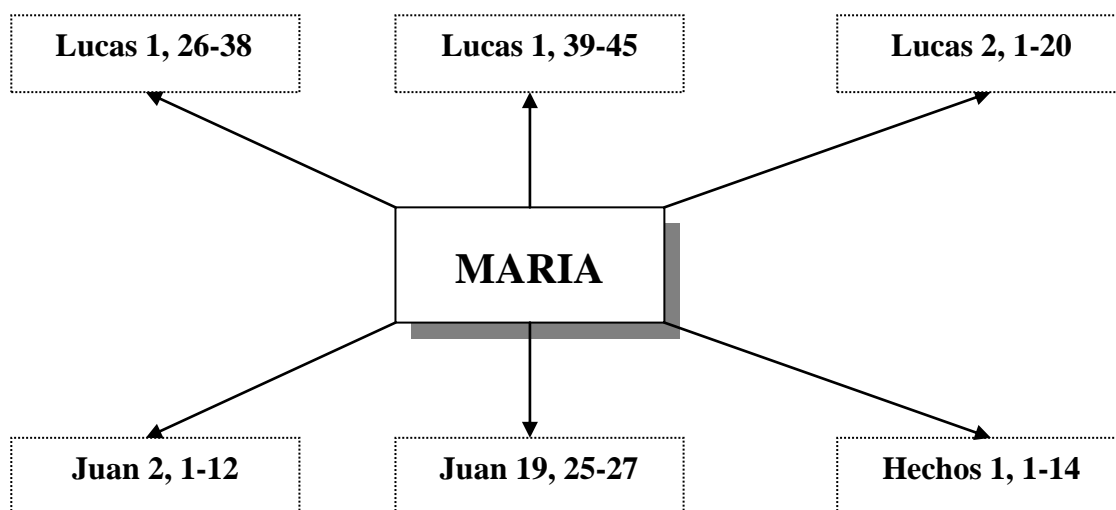
MARIA EN LAS ESCRITURAS

Bien sabemos que el centro de la Biblia está en Jesús, el Hijo de Dios quien nos ha revelado el rostro del Padre. Sin embargo María aparece algunas veces en el Nuevo Testamento, aparece cuando debe aparecer, en los momentos indicados y con la pertinencia del caso. Si de sólo ella se hablara en el Nuevo Testamento Jesús dejaría de ser el centro, por eso La Virgen en las sagradas escrituras ocupe el lugar que debe ocupar.

La misión maternal de María no oscurece ni disminuye la misión de Jesús, antes bien la fortifica y llena de realce. *Al unimos a María necesariamente nos unimos a Jesús, de igual forma al pretender unimos a Jesús nos encontramos con la figura y mediación de su Santísima Madre.* Este es el mensaje de las escrituras cuando se refieren a María.



Los libros de Mariología están colmados de muchas reflexiones acerca de los pasajes bíblicos en los que aparece María. En este caso, bajo la guía del siguiente esquema, está invitado/a a que usted mismo se interne en esos pasajes. Después de hacer personalmente este trabajo lo puede compartir en el grupo.





PARA PROFUNDIZAR

- ⇒ ¿Qué aspectos te han llamado la atención de este tema?
- ⇒ Recuerden las fechas de las fiestas marianas y qué celebra cada una de ellas.
- ⇒ ¿Cuáles son las expresiones más típicas y frecuentes de la devoción mariana en nuestras parroquias?
- ⇒ ¿Prevalen las actitudes de veneración o de imitación? Nuestra devoción mariana ¿tiene a Cristo como centro, está enmarcada, especialmente en la liturgia, es sensible a nuestra realidad cultural?

PARA COMPARTIR

- ⇒ En su familia, ¿qué papel ha jugado María?, ¿qué recuerdos especiales tiene?, ¿qué tradiciones se seguían o se siguen?, ¿quién le enseñó a amar a María?
- ⇒ Como Fraternidad, resituando el papel de María en el caminar fraterno, ¿algún proyecto de futuro? ¿cómo profundizar este camino de fe con María?



PARA ORAR

(Con el Himno AKÁTHISTOS en honor de María)

Historia:

El *Akáthistos* es un gran himno litúrgico de la antigua iglesia griega, una larga composición poética estudiada orgánicamente para celebrar el misterio de la madre de Dios. El término *acátisto* en griego significa *no sentado*, es decir, *puesto de pie*. Se trata, pues, de un himno que, a diferencia de los demás de la liturgia bizantina, se debe cantar y escuchar por completo estando de pie.

La fecha de composición de este Himno oscila entre la segunda mitad del siglo V y los primeros años del siglo VI. Expresa una situación cultural arcaica; y también en este aspecto tiene un valor inmenso, ya que nos remite a las primeras expresiones del culto a María. Es anónimo.

María, en la perspectiva del himno, está presente y operante en toda la extensión del misterio: donde la humanidad de Cristo es fuente de vida, allí está María, que le ha dado su carne; allí está escrita su figura de virgen y su acción de madre. Hoy como ayer, la Virgen es presencia operante en la Iglesia que camina: sostén de su fe, palabra a los apóstoles, fuerza de los mártires; porque todos y en todas partes anuncian y atestiguan a Cristo, que ella nos ha dado.

Oramos:

Alabamos a María con una pequeña parte de este himno, el más antiguo a la Madre de Dios.

Salve, lucero que el Sol nos anuncia;
Salve, regazo del Dios que se encierra.

Salve, hoy en ti la creación se renueva;
Salve, por ti el Creador se hace infante.

BENDITA TU ENTRE LAS MUJERES
Y BENDITO EL FRUTO DE TU VIENTRE (cantado)

Salve, al eterno Consejo tú guías;
Salve, eres signo de arcano misterio.

Salve, milagro primero de Cristo;
Salve, compendio de todos los dogmas.

BENDITA TU ENTRE LAS MUJERES
Y BENDITO EL FRUTO DE TU VIENTRE

Salve, por ti con los cielos se alegra la tierra;
Salve, por ti con la tierra exultan los cielos.

Salve, de Apóstoles boca que nunca enmudece;
Salve, de Mártires fuerza que nadie somete.

BENDITA TU ENTRE LAS MUJERES
Y BENDITO EL FRUTO DE TU VIENTRE

Salve, destello del Sol verdadero;
Salve, esplendor de la Luz sin ocaso.

Salve, suave fulgor que iluminas la mente
y cual trueno potente enemigos dispersas.

BENDITA TU ENTRE LAS MUJERES
Y BENDITO EL FRUTO DE TU VIENTRE

Salve, por ti fue borrada la pena;
Salve, por ti Dios abrió el Paraíso.

Salve, esperanza de bienes eternos;
Salve, eres la llave del Reino de Cristo.

BENDITA TU ENTRE LAS MUJERES
Y BENDITO EL FRUTO DE TU VIENTRE



Señor, gracias
porque por tu inmensa bondad
has dado a tu Iglesia,
como modelo del verdadero culto,
a la Virgen María.

Ella, *Virgen oyente*,
escucha con gozo tus palabras
y las medita en silencio en lo hondo de su corazón.

Ella, *Virgen orante*,
ensalza tu misericordia
con su cántico de alabanza,
intercede solícita por los novios en Caná
y está unida a los apóstoles en su oración.

Ella, *Virgen fecunda*,
concibe al Hijo por obra del Espíritu Santo
y, junto a la cruz, es proclamada madre
del pueblo de la nueva alianza.

Ella, *Virgen oferente*,
te presenta en el templo a su Primogénito
y al pie del árbol de la vida
se une a la ofrenda de su vida.

Ella, *Virgen vigilante*,
espera sin vacilar
la resurrección de su Hijo
y aguarda fielmente la efusión del Santo Espíritu.